

## TREINTA AÑOS DE LAS PRIMERAS ELECCIONES CATALANAS

La sociología electoral de Catalunya juega a favor del nacionalismo en las autonómicas y de la izquierda en las generales

### Las dos almas del voto catalán

CARLES CASTRO - Barcelona

LA VANGUARDIA, 20.03.10

Las primeras elecciones autonómicas se celebraron hace treinta años y las tenía que ganar el socialista Joan Reventós. Al menos eso era lo que auguraban unos sondeos que se fueron tornando más oscuros a medida que se acercaba la cita electoral. Un mes antes de los comicios, el PSC duplicaba la intención de voto de CiU, pero cuando sólo faltaba una semana, la ventaja socialista se había evaporado. Al final, el ganador fue Jordi Pujol que, aunque lejos de la mayoría absoluta, consiguió gobernar en minoría con apoyos tan heterogéneos como los que le prestaron la UCD y Esquerra Republicana. El misterio de su victoria frente a un partido, el PSC, que había ganado con holgura dos elecciones generales (en 1977 y 1979) y las primeras municipales, en 1979, es el mismo que viene determinando los resultados de todos los comicios autonómicos desde aquel lejano 20 de marzo de 1980: la sociología electoral de Catalunya. Es decir, los apoyos sociales que congrega la marca CiU en particular y el nacionalismo en general.

Sólo así se explica que cuatro años después, en 1984, CiU se alzara con la mayoría absoluta frente a un partido, otra vez el PSC, que había sumado más de un millón y medio de votos en Catalunya en las anteriores generales de 1982 y que había firmado una nueva victoria en las municipales de 1983, aunque entonces por 15 puntos de ventaja sobre la coalición nacionalista (el doble que en 1979). ¿Qué misterio

explicaba semejante escenario acordeón que permitía a un partido, CiU, ganar medio millón de votos entre las elecciones generales y las autonómicas, y a otro, el PSC, perder setecientos mil?

Ese misterio ya lo desveló parcialmente Miquel Roca en 1980 cuando describió las elecciones autonómicas como un partido que CiU jugaba "en casa". Y en ese escenario la federación nacionalista era capaz de movilizar hasta el último voto del centro catalanista: un arco iris ideológico que abarcaba desde el centroizquierda más tibio al conservadurismo más ceñudo, bajo el común denominador de un nacionalismo de tonalidades diversas. Es decir, un catalanismo instintivo que levantaba cabeza tras la larga noche de uniformidad impuesta militarmente por el franquismo y que abarcaba desde el independentismo más o menos reprimido al autonomismo elemental.

La clave de la victoria de CiU radicaba, sin embargo, en la condición de mayoría sociológica compacta que muy pronto exhibió ese centro catalanista como expresión política de las nutridas clases medias catalanas, urbanas o rurales. Unas clases medias que, además, se movilizaban de forma natural cuando percibían no sólo que el partido se jugaba en casa sino que la casa se jugaba en el partido. Y por ello concentraban sus papeletas en la marca que, a su juicio, mejor encarnaba su identidad, sus inquietudes o sus esperanzas. Por supuesto, la capacidad hipnótica de Jordi Pujol como sumo oráculo de ese movimiento político tuvo bastante que ver con una cosecha de votos que parecía inverosímil poco antes de las primeras autonómicas.

Para los derrotados socialistas, la explicación de su fracaso era igual de elemental, aunque más difícil de digerir: buena parte de sus potenciales

electores consideraban que el único partido en el que se jugaban algo relevante era el de las generales (y en menor medida en las municipales) y sólo en esos trances se activaban a favor de una mayoría de izquierdas (pero en España). Luego, en las catalanas se desentendían o se despreocupaban del resultado, e incluso apostaban por otras marcas más idóneas para este tipo de elecciones (con explicaciones propias del psicoanálisis político: "hay que votar a los de casa", "son unas elecciones sólo para catalanes"...). Y todo ello privaba al PSC en las autonómicas de la mitad de los votos que cosechaba en las generales. Pero, claro, la explicación completa del misterio era demasiado dolorosa para admitirla. En realidad, la fuerza del PSC en las generales se debía a un voto coyuntural y de aluvión que - tal como han certificado los sondeos - sumaba ingredientes muy heterogéneos: el voto obrero de la izquierda españolista, el sufragio de la clase media de izquierda catalanista y el voto útil de un amplísimo centroizquierda que veía en el PSOE de González la mejor opción para gobernar España. Llegadas las autonómicas: ese frágil magma de identidades se deshacía como un azucarillo y CiU emergía como la fuerza más consistente.

Y esa explicación sirve hasta hoy; incluso cuando el PSC ha aventajado a CiU en unas autonómicas, como sucedió en 1999 y el 2003. Ese accidente electoral no se debió tanto a que el PSC presentara a su mejor candidato posible, Pasqual Maragall, como al cisma que produjeron en el nacionalismo y en las clases medias catalanistas dos factores letalmente combinados: el desgaste de CiU tras más de 20 años en el poder y la desafección que produjo en sus seguidores un pacto con el PP que expresó sus mayores contraindicaciones identitarias cuando afloró el beligerante neocentralismo de José María Aznar.

Como es bien sabido, ese cisma provocó una dispersión del voto nacional-catalanista a través de dos marcas distintas: una CiU envejecida y desgastada por los años y una Esquerra, flamante y renovada. Pero las cifras no deberían haber llamado a engaño: juntos o por separado, esos votos seguían traducándose en una mayoría de escaños nacionalistas en el Parlament. Es verdad que el sufragio nacionalista en sus distintas expresiones no va más allá del 30% del censo electoral catalán. Pero el nivel de participación y de cohesión política de ese voto en las autonómicas es muy superior al del resto de segmentos electorales y, por eso, cuando se concentra en una sola fuerza, la hace imbatible. Sobre todo en un escenario de elevada abstención como el catalán.

En las autonómicas del 2006, CiU siguió pagando la división de esa base electoral. Y en las generales del 2008, el socialismo catalán disfrutó de un renovado espejismo, al que contribuyeron muchos electores (incluidos no pocos de CiU o de Esquerra) que prestaron su voto a un PSOE percibido como el único dique frente al "uniformismo identitario y la agresividad ideológica del PP". Sin embargo, esos factores difícilmente volverán a repetirse.